

El canto coral para jóvenes

En un coro hay cuatro cuerdas: sopranos, contraltos, tenores y bajos. En ocasiones, cada una de ellas se divide en primeros y segundos, lo cual da pie a numerosos chistes sobre bajos de primera, bajos de segunda, etc. También hay otros grupos vocales, como barítonos, contratenores, mezzosopranos, etc., pero estos términos los utilizan sobre todo los solistas o los que pertenecen a algún grupo elitista de música clásica a *capella* (esto les pasa especialmente a los contratenores), o a los que tratan de poner excusas porque no encajan bien en ninguna de las cuerdas habituales del coro, así que por ahora no nos vamos a detener en ellos. Cada cuerda canta en una tesitura diferente y posee personalidad propia.

Quizás os preguntéis por qué el hecho de cantar notas distintas influye en el comportamiento de la gente, y realmente se trata de una misteriosa cuestión que no ha sido estudiada con la seriedad que merece, sobre todo porque los científicos que estudian a los músicos tienden a su vez a ser músicos, y por tanto, tienen las mismas manías que pueden darse entre los tenores, los que tocan la trompa, los timbales o lo que sea. Sin embargo, al margen de todo esto, no cabe duda de que cada cuerda posee unos rasgos característicos, como vamos a ver a continuación.

Las sopranos son las que cantan más agudo, y por eso se creen las reinas del mundo. Llevan el pelo más largo, las joyas más chulis y las faldas más guays que nadie, y se ofenden cuando no se les deja llegar por lo menos a un Fa agudo en cada movimiento de la obra. Cuando dan una nota alta, la mantienen por lo menos la mitad más de lo que el compositor o el director quieren, y se quejan de que la garganta las está matando y de que el compositor y el director son unos sádicos. Las sopranos tienen diversas opiniones sobre las demás cuerdas del coro, aunque a todas las consideran inferiores. Las contraltos son para las sopranos algo así como los segundos violines para los primeros: sirven para armonizar, pero no son realmente necesarios. Todas las sopranos tienen el convencimiento interior de que la obra seguiría sonando prácticamente igual aunque desaparecieran las contraltos, y no entienden cómo es posible que alguien cante todo el rato en ese registro tan sumamente aburrido. Por otra parte, a veces es agradable tener cerca a los tenores; además de las posibilidades de ligueteo (todo el mundo sabe que jamás coquetean con los bajos), a las sopranos les gusta cantar dúos con los tenores, porque lo único que hacen ellos es esforzarse al máximo por cantar en una tesitura que para ellas es entre grave y media, mientras que ellas están ahí arriba en la estratosfera tirándose el pisto. Para las sopranos, los bajos son la escoria del planeta: chillan como posesos, es imposible afinar con ellos por lo tremendamente grave que cantan y, en cualquier caso, no puede ser muy normal alguien que cante en la clave de Fa (aunque los bajos hagan sombra a los tenores mientras cantan, al final éstos siempre acaban yéndose al huerto con los bajos).

Las contraltos son la sal de la Tierra o, al menos, eso se creen ellas. No tienen grandes pretensiones, y serían capaces de ir a los conciertos en vaqueros si les dejaran. Gozan de una posición privilegiada en el coro, en el sentido de que no pueden quejarse de cantar ni muy agudo ni muy grave, y saben que a las demás cuerdas les parece que la parte de contralto es tan facilona que dan ganas de llorar. Pero las contraltos no piensan lo mismo. Saben que mientras las sopranos berrean con un La agudo, ellas se ven obligadas a cantar complicados pasajes llenos de sostenidos, bemoles y cambios de ritmo sin que nadie se entere, porque las sopranos están cantando demasiado fuerte (y los bajos, por lo general, también). Las contraltos encuentran un intenso placer

secreto en conspirar juntas para afinar un semitono por debajo de las sopranos. Desconfían de los tenores por naturaleza, porque cantan casi en la misma tesitura que ellas y se creen que suenan mejor. Les gustan los bajos y les encanta hacer dúos con ellos: hagan lo que hagan, los bajos son un ruido de fondo, y es el único momento en que de verdad se oye a las contraltos. La otra queja habitual de las contraltos es que siempre son demasiadas, y por eso nunca pueden cantar fuerte de verdad.

Los tenores son unos niños mimados. No hay más que decir. Por un lado, nunca son suficientes; un director de coro vendería su alma antes de dejar que se marche un tenor medianamente decente, y en cambio sería capaz de quitarse de encima a unas cuantas contraltos a mitad de precio. Además, por alguna razón, los pocos tenores que hay son siempre buenos de verdad, lo cual es un hecho lamentable. Por eso no es de extrañar que los tenores siempre estén presumiendo; después de todo, ¿qué otra cuerda puede hacer sombra a las sopranos? Lo único que provoca inseguridad en los tenores es la acusación (generalmente por parte de los bajos) de que alguien capaz de cantar tan agudo tal vez no sea un hombre de verdad. Con su perversidad habitual, los tenores jamás lo reconocen, sino que se limitan a quejarse aún más del sadismo del compositor por hacerles cantar en esas tesituras tan puñeteramente agudas. Los tenores también mantienen una relación de amor-odio con el director, porque siempre les está diciendo que canten más fuerte por ser tan pocos. En toda la historia de la humanidad jamás ha existido un director que haya pedido a los tenores que canten más *piano* en un pasaje en *forte*. El tenor se siente en cierto modo amenazado por todas las demás cuerdas: las sopranos, porque dan esas notas tan increíblemente agudas; las contraltos, porque no tienen ninguna dificultad en cantar las notas que a ellos les hacen desgañitarse; y los bajos porque, aunque son incapaces de cantar nada por encima de un Mi, lo hacen tan sumamente fuerte que les dejan asfixiados. Por supuesto, los tenores morirían antes que admitir todo esto. Poca gente sabe que la de tenores es la cuerda que más mueve las cejas al cantar.

Los bajos cantan más abajo que ningún otro, y eso lo explica todo. Son imperturbables, se puede confiar en ellos, y tienen más pelo en la cara que cualquier otro. Los bajos se sienten menospreciados continuamente, pero en el fondo están convencidos de que son la cuerda más importante (opinión que comparten los musicólogos, pero desde luego, opuesta a la de sopranos y tenores), a pesar de que cantan la parte más aburrida de todas y de que a menudo tienen que cantar una misma nota (o quintas interminables) durante una página entera. Para compensar, cantan tan fuerte que parece que van a reventar (en el fondo, lo que de verdad le gustaría a muchos bajos es tocar el trombón). Los bajos son la única cuerda que se puede quejar con regularidad de lo grave que es su parte, y ponen unas caras espantosas cuando intentan llegar a las notas más bajas. Son tolerantes, pero no tanto como los tenores, a quienes consideran frívolos y presumidos. Los bajos odian afinar con los tenores más que cualquier otra cosa en el mundo. Les gustan las contraltos, excepto cuando tienen un dúo y ellas llevan la mejor parte. En cuanto a las sopranos, simplemente están en un universo aparte que los bajos no comprenden en absoluto. No les entra en la cabeza por qué puede querer alguien cantar tan agudo y sonar tan mal cuando hay una metedura de pata. Si un bajo se equivoca, las demás cuerdas le cubren y puede continuar tan pancho, sabiendo que tarde o temprano, haga lo que haga, acabará en lo más bajo del acorde.